



**Hipertexto 3**  
**Invierno 2006**  
**pp. 29-46**

***En aguas de nadie: identidades  
transnacionales y (des)enmascaramientos  
sexuales en Lobas de mar, de Zoé Valdés***

José Ismael Gutiérrez  
*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*

[Hipertexto](#)

Las mujeres cuando mueren lo hacen para siempre, sometidas al doble fin de la carne y del olvido. Los historiadores, los guardianes de la cultura oficial y de la memoria pública han sido siempre hombres y los actos y obras de las mujeres han pasado raramente a los anales.

DACIA MARAINI

A la luz de las importantes victorias que en el último siglo han alcanzado los movimientos feministas en diversas facetas de la vida pública y privada, pareciera que la apertura instaurada con las doctrinas actuales de la globalización, a partir de la cual la variable nacional, en vez de entenderse tradicionalmente, como espacio recostado sobre una geografía estable, se reformula, por el contrario, en función del principio posmoderno de la “transnacionalidad”, de lo “diaspórico” –contexto en permanente redefinición, de límites flexibles y bordes desvaídos–, ofrece un apropiado caldo de cultivo para la reconsideración del secular conflicto de la desigualdad entre los sexos, interpretable ahora como una traba histórica ya superada o, como mucho, en vías de solución. Con todo, numerosas voces críticas procedentes de los más variados campos del saber han denunciado que la realidad no es tan halagüeña<sup>1</sup>. Los lentos avances logrados en

<sup>1</sup> Rosalba Todaro, Àngels Martínez i Castells o Chusa Lamarca Lapuente, entre otras autoras, han observado lo desfavorecida que ha quedado la mujer con los procesos globalizadores. La globalización económica capitalista ha aportado a la vieja división sexual que durante siglos ha separado el espacio privado del espacio público y que reflejaba la subordinación de la mujer al varón y de ambos al Estado un nuevo elemento en el reparto de funciones: el mercado. Este fomenta valores típicamente androcéntricos: la competencia, el egoísmo, el

las esferas laborales, familiares y sexuales después de más de un siglo de reivindicaciones feministas no deben llevarnos a subestimar el crudo proceso de discriminación y sojuzgamiento al que la mujer, hasta hace relativamente poco tiempo –y aún hoy en algunas regiones tercermundistas del planeta o en otras culturas–, ha estado sometida. Pensadores de las escuelas filosóficas más diversas coinciden en imputar los efectos simbólicos de la legitimación de las divisiones sexuales –socialmente construidas– a factores que se subordinan al nivel de la “representación”, representación que es más o menos deliberada, más o menos consciente (“ideología”, “discurso”, etc.). Así, “La preeminencia universalmente reconocida a los hombres”, ha asentado Pierre Bourdieu, “se afirma en la objetividad de las estructuras sociales y de las actividades productivas y reproductivas, y se basa en una división sexual del trabajo de producción y reproducción biológico y social que confiere al hombre la mejor parte, así como en los esquemas inmanentes a todos los hábitos” (49). Dichos esquemas, construidos desde el punto de vista de los dominadores, y fundados por tanto en un práctico y dóxico consenso, actúan como matrices de las percepciones de todos los miembros de la sociedad; percepciones, pensamientos y acciones que, al ser universalmente compartidos, se imponen a cualquier agente como trascendentales históricas investidas por la objetividad del sentido común.

El orden social representa así una máquina simbólica cuyo vasto engranaje se compone de piezas antagónicas que conducen a la reificación de la supremacía masculina:

la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, de su espacio, de su momento, sus instrumentos; [...] la estructura del espacio, con la oposición entre el lugar de reunión o el mercado, reservados a los hombres, y la casa, reservada a las mujeres, o, en el interior de ésta, entre la parte masculina, como el hogar, y la parte femenina, como el establo, el agua y los vegetales; [...] la estructura del tiempo, jornada, año agrario, o ciclo de vida, con los momentos de ruptura, masculinos, y los largos períodos de gestación, femeninos (Bourdieu 22).

Planteando en tales términos el problema del ordenamiento disyuntivo de la humanidad, se comprende mejor el esfuerzo de ciertos relatos del presente, empeñados en re-visitarse algunas zonas conflictivas de ese pasado misógino, aún no tan lejano ni suficientemente desterrado de nuestro campo de experiencia como para que nuestras malas conciencias se hayan apaciguado por completo. Esto ha desembocado por lo común en la exultante valoración de muchos de aquellos seres que, resistiéndose a las asfixiantes imposiciones vigentes en la sociedad de su época y a su triste destino de género, lucharon por tomar las riendas de sus vidas y alcanzar unas mínimas cotas de autonomía personal. Es el caso de las protagonistas de la novela de Zoé Valdés *Lobas de mar* (2003), la biografía ficcionalizada de Mary Read y de Anne Bonny, quienes a fines del siglo

---

individualismo, la compraventa, el beneficio por encima de todo, la razón instrumental y la ausencia de ética. Semejante panorama es descrito igualmente por las más de veinte figuras, entre sociólogos, historiadores, psicólogos, periodistas, economistas y antropólogos, que han colaborado con su firma en el volumen editado por Paloma de Villota, *Globalización y género*.

XVII y en las primeras décadas del XVIII, se infiltran en el universo, entonces casi inaccesible para ellas, de la piratería transoceánica, resueltas a perturbar la tipificación de los roles heredados, y que, en calidad de travestis masculinizantes uniformados con las indumentarias propias del gremio, se granjean la admiración de sus contemporáneos varones, hasta el punto de que, sin pretenderlo de antemano, consiguen hacerse con un inesperado puesto en el discurso escritural elaborado desde las filas del mismo patriarcado que las estigmatizó<sup>2</sup>. Por la excepcionalidad de sus aventuras, la escritora cubana se inspiraría en ambos personajes no sólo para verter en la ficción el aliento subversivo de un sector no inventariado de la población dieciochesca (el sector femenino, se sobreentiende) que experimentó en sus propias carnes el sabor agridulce de la ruptura en un tiempo sobradamente hostil con el que se denominó “sexo débil”, sino también para centrar el debate –desde una perspectiva renovada, pero sin exceder las convenciones formales del modelo literario elegido (folletín, relato de aventuras, novela histórica, o como queramos llamarlo)– en cuestiones de política sexual y de ciudadanía tan candentes antaño como en la actualidad.

Si de todos es sabido que la historia occidental –escrita y protagonizada en su mayor parte por hombres– ha tratado de silenciar la voz de ciertas minorías étnicas, sexuales y religiosas, cuyo sometimiento a una dinámica de exclusión cultural y sociológica ha sido el principal factor de sus correspondientes marcas de invisibilidad en el orden público, llama poderosamente la atención cómo desde las últimas décadas del siglo pasado, y dentro de la literatura hispanoamericana, ha ido emergiendo todo un corpus de textos “contrahegemónicos” que, si no siempre se pueden catalogar de rigurosamente feministas, sí pretenden por lo menos paliar la escasa consideración que las mujeres, en determinados momentos históricos y en situaciones de gravosa desventaja, han recibido de parte de sus congéneres del otro sexo. Sin salirnos de la literatura cubana, es justo que mencionemos, entre otras, la novela de Antonio Benítez Rojo, *Mujer en traje de batalla* (2001), o la de María Elena Cruz Varela, *Juana de Arco. El corazón del verdugo* (2003), ganadora del Premio Alfonso X el Sabio de novela histórica. La mención de dichas obras no es gratuita, pues ambas comparten con la de Valdés la ingeniosa artimaña, ideada por sus intrépidos y decididos actantes, consistente en la mimetización de la identidad del sujeto androcéntrico, en la apropiación de la vestimenta varonil, incluso del nombre del otro, con la intención de acceder subrepticamente a espacios sociales de mayor amplitud y trascendencia o de inmiscuirse en el desempeño de ciertas actividades profesionales que la mentalidad colectiva mayoritaria de sus tiempos restringía por decreto a los hombres (la medicina en el caso de Henriette Faber, la guerra en el caso de La Doncella de Orleáns o el filibusterismo en el caso de Anne y Mary). Acudiendo al subterfugio de la simulación, del fingimiento (tanto en ademanes, en gestos, en comportamientos como en ropajes) y asumiendo, dentro de un contexto de brutal

---

<sup>2</sup> El primer texto que dio noticia de la inglesa Read y de la irlandesa Bonny fue un panfleto impreso en Londres pocos meses después de que éstas fueran apresadas y procesadas (su título: *The Tryals of Captain John Rackman and Other Pirates* [1921]). A éste le siguió la más influyente obra de Charles Johnson, *A General History of the Robberies and Murders of the Most Notorious Pirates* (1924).

opresión, cierto talante disuasorio que emulase los devaneos sexuales que la moral tradicional consideraba como exclusivos del género opuesto, los personajes de *Lobas de mar* anteponen a las limitaciones sociales derivadas de su condición femenina el ejercicio del libre albedrío, aprovechando la ocasión, en la medida de lo posible y en la permanente cuerda floja de que su engaño saliese a la luz, de demostrar a la historia que las capacidades y habilidades de una persona en el ámbito que sea, poco o nada tiene que ver con la morfología sexual de la misma. Sus respectivos gestos de oposición a las agendas normativas instituidas en las bases de las estructuras de lo que Bourdieu ha llamado “economía de los bienes simbólicos” reubica a estos agentes del libertinaje en una franja liminar de categorías descentradas, ex-céntricas, que vagan “por los bordes en los que las codificaciones culturales estallan y se disgregan porque se topan con el plural negativo de zonas altamente refractarias a la potencia sistematizadora de un horizonte de sentido pretrazado” (Richard 241).

Qué duda cabe que la voluntad de descentramiento y desjerarquización de los mecanismos de poder ha estado presente en casi toda la producción literaria de Valdés anterior al texto que nos ocupa. Pero si en otras novelas, poemas y cuentos precedentes la escritora, con el humor obsceno que la distingue y un erotismo a flor de piel, desmitificaba el discurso establecido sobre la revolución cubana, y la voz de sus protagonistas, alienadas y situadas al margen de la escritura oficial y de la historia revolucionaria, marcaba las insalvables distancias que separan los códigos femeninos de los masculinos, en *Lobas de mar* se da una nueva vuelta de tuerca al explorarse, con una sistematicidad inédita en la autora hasta entonces, en la crítica del machismo dominante, llevada ahora a un ámbito de proporciones mayores capaz desnacionalizar y despolitizar la consabida posición de inferioridad social asignada a la mujer en relación a los imperativos y mandatos logocéntricos de racionalización masculina. Así pues, mediante un relato que da cuenta de una odisea real aunque con tintes novelescos, la denuncia de los prejuicios de género que han cegado a la sociedad tradicional y falócrata –la cual artificiosamente, repitamos, ha querido proveer al sujeto femenino de los roles de madre, esposa, sirvienta u objeto pasivo de placer–, queda servida, deslizándose escalonadamente en el discurso novelesco, hasta dar pie a un subtexto que rebota como una onda expansiva contra los estereotipos desde las mismas entrañas de la fábula.

De otro lado, la obra valdesiana, a la vez que se inserta en la línea restauradora del feminismo literario contemporáneo, plantea aspectos significativos vinculados a la frágil construcción de la identidad nacional, además de la sexual, en el marco de las sociedades imperialistas y coloniales que le da soporte, toda vez que los entes principales de la ficción, en tanto que se adscriben al rocambolesco entorno de la piratería, harán del espacio marino –en no menor grado que sus camaradas varones– una patria adoptiva e imaginaria, de perímetros geográficos abiertos, que subsana la lógica falta de arraigo que caracteriza a esos mismos individuos desde su más tierna infancia y su adolescencia.

Debido a las viajeras empresas a las que se entrega el pirata, cuyos pasos lo llevan de un mar a otro y a diferentes latitudes, expuesto como se halla a una

tensión entre orillas extremas, éste, independientemente de su sexo, se forja un sello idiosincrásico marcado por el valor de la transnacionalidad:

Libre de ataduras y solidario únicamente con aquellos que comparten su credo y modo de vida, el pirata no sabe de límites más que los que le impone la inmensidad del mar, ni sabe de leyes que no sean las propias. El mundo se abre como un horizonte lleno de tesoros por descubrir y apropiar. El pirata nada teme, vive el desafío puro, y como tal, personifica simultáneamente el temor y la libertad (Gerassi-Navarro 258).

Aunque su indiferencia ante las leyes lo libra de fanatismos políticos, siempre se ha querido ver en su romántica estampa la pugna de ideales contrapuestos encarnados especialmente por los países enemigos que entran en litigio. Las causas de la piratería, como sabemos, fueron principalmente económicas. La que se desarrolló entre el Viejo y el Nuevo Mundo tuvo lugar, en primer término, gracias a la aparición de grandes riquezas en América. La existencia en Europa de una enorme masa depauperada y la debilidad del imperio ultramarino español incentivaron la aparición del pillaje y de los movimientos poblacionales y migratorios. Ingleses y franceses, a los que más tarde se sumaron los holandeses, enviaron a sus piratas y corsarios al océano para luchar contra el exclusivismo hispánico en América:

Lenta y persistentemente [la loca aventura en pos de la soberanía de los mares] fue asestando zarpazos mortales a los mercantes españoles, a los buques de guerra que transportaban la plata, a los fuertes que sostenían el cinturón defensivo y a las claves portuarias, consiguiendo herir al gigante español en su talón de Aquiles: el comercio (Lucena Salmoral 14).

Gerassi-Navarro, por su parte, ha señalado que dado que la violencia, el combate cuerpo a cuerpo y la rapiña se convierten en ejes estructuradores para delimitar fronteras, “el pirata parece ser la figura ideal para articular el enfrentamiento. Su falta de anclaje político le permite recorrer los mares, libre para corporizar al enemigo o al héroe. Y así, detrás de las entretenidas leyendas de las aventuras de piratas encontramos brutales enfrentamientos ideológicos donde las miradas de aquí y de allá continúan chocándose entre las olas violentas de los imaginarios colectivos” (261).

Ahora bien, si los filibusteros y corsarios varones, por la singularidad de su oficio, se posicionan en una zona “periférica” de la identidad nacional, entonces el lugar ocupado por sus equivalentes femeninos resulta aún más problemático, porque en virtud de las “inconveniencias” de su sexo y en tanto seres desposeídos de libertades, descastados, sin entidad propia, éstos, como mujeres y como piratas a la vez, rehúsan con mayor razón su pertenencia a una “comunidad imaginada” (expresión de Benedict Anderson), nacional y específica, en virtud de la cual pasarían a convertirse en sujetos nacionales<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> El par centro/periferia ha sido debatido ampliamente por muchas de las doctrinas nacionalistas. Para una mayor información sobre los diversos discursos en torno al concepto de “nación”, consúltese el volumen compilado por Fernández Bravo.

Tengamos en cuenta que, según las líneas básicas del paradigma genérico prevaleciente hasta ya avanzado el siglo XX, “la subjetividad masculina se articula en términos de la acción (social): los hombres son, ante todo, agentes de la vida pública, que alguna vez se ocupan de actividades ‘espirituales’ o artísticas; en cuanto al amor, lo *buscan* activamente (y no simplemente lo esperan). En el caso de la subjetividad femenina, por el contrario, se define en torno a los sentimientos; los valores morales y el espacio del hogar; las mujeres son parte integral de la comunidad como [...] centro del ámbito doméstico y foco del deseo erótico masculino” y “con una intervención restringida (e indirecta) de esos ‘anchos y fértiles campos’ de la acción social pública” (Unzueta 221).

Muchas de las diferencias genéricas han sido articuladas, por añadidura, por los discursos nacionales latinoamericanos:

Los hombres (de cierta clase social) son los agentes históricos que deciden el destino de la patria, y ejercen su poder sobre la familia. Las mujeres son parte de la nación *desde* su sujeción familiar, y generalmente sin participar como agentes en las luchas políticas externas. El núcleo social de la familia, a su vez, funciona como el modelo “natural” de la comunidad nacional, con los mismos ideales de amor y unión, y con las mismas jerarquías y divisiones genéricas (Unzueta 221).

Al margen de que se reconozcan, sin poder eludirlo, atadas a una geografía subordinante del poder institucional al que desobedecen, por el sistema de vida anticonvencional al que se ajustan, por su itinerario errante, las protagonistas de *Lobas de mar* reconvierten esas localizaciones geográfico-políticas, esa “comunidad imaginada” que las desplaza a los márgenes, con la que les cuesta identificarse, en una postura crítica donde el contexto no se opone a un cierto nomadismo “pre-modernista” (y hasta “globalizante” *avant la lettre*) que lo deslocaliza todo sin cesar borrando los trazados de límites reales y desdibujando sus antagonismos materiales. Más bien sucede todo lo contrario. No en vano, en contra de lo habitual en personas de su sexo, Bonny y Read surcarán de un extremo a otro el indómito océano Atlántico, enroladas en diversas fragatas, bergantines y goletas de distinto calado; y exhibiendo el inconformismo por bandera, se lanzan de lleno, apenas llegan a la edad adulta, al destino incierto que les aguarda en las cálidas aguas de las Antillas<sup>4</sup>. De esta guisa, el ingreso en la ruda atmósfera de la piratería, donde se hacen pasar por lo que no son, por varones, las conduce por unos derroteros cercanos a la indeterminación de género merced al salvoconducto que les proporciona el cambiante e incompleto proceso de metamorfosis externa al que recurren. Mientras se mantienen en el anonimato, el atavío de pirata contribuirá a la disolución, sin grandes traumas, de esas

---

<sup>4</sup> Aunque en el peligro que representa el mar descansa esencialmente su irresistible fascinación y el que éste haya despertado tanto el interés de aquellos espíritus aventureros, habría que matizar, como ha hecho Miguel Ángel Almodóvar, que “para la mayoría de las mujeres que en alguna forma y medida lo recorrieron en hábito de varón, la aventura tenía poco o nada de lo lúdico y romántico que se desprende de ese espíritu. Su aventura [ha aclarado el mismo escritor y periodista] no era otra que la de sobrevivir con grandes dosis de imaginación en un mundo de hombres, hecho para los hombres y, en esa empresa, en ese largo y tortuoso camino, el mar sólo era un camino más” (209).

fronteras territoriales, geográficas, marítimas, lingüísticas, culturales, a la vez que sexuales, entre las que navegan. Como ciudadanas del mundo y de ningún país, y por la decisión que toman de consagrar su futuro al ejercicio ilícito de un oficio perseguido por las autoridades coloniales, se ven forzadas a vivir (y a veces a subsistir en pésimas condiciones) en un estado de perpetua clandestinidad, bajo la amenaza constante de las legislaciones represoras en vigor (de hecho, sus accidentadas peripecias náuticas terminan con la detención y enjuiciamiento de ambas en la isla de Jamaica y su posterior encarcelamiento)<sup>5</sup>. Pero al margen de implicaciones de orden jurídico, político y económico, en la ficción de Valdés se imbrican de igual modo, junto a la archidebatida marginalidad del sujeto “mujer” bajo la férrea presión de consuetudinarias leyes instauradas en el sistema patriarcal, otros resortes temáticos subsidiarios que delatan, sin lugar a dudas, el significado de algunas de las estrategias a las que se ven impelidas las féminas con vistas a contrarrestar la hegemonía totalizante del logos masculino: la fluidez y nomadismo de los deseos y roles sexuales a los que tanto las mujeres como los mismos varones que las acompañan en ese despliegue virulento de saqueos y sorprendidos abordajes navieros, exteriorizan bajo la égida de factores circunstanciales específicos, producto de los estrechos lazos homosociales<sup>6</sup> intensificados entre ciertos círculos de la marinería después de varios meses de prolongado aislamiento)<sup>7</sup>.

En el vector de la posición libertaria, de la subalternidad en que se instalan los representantes del bandolerismo en las costas caribeñas (de cuyas acciones, en cualquier caso, emana un espíritu machista tan conservador como el que perpetúan, desde tierra firme, instituciones dirigidas avaladas por la autoridad

---

<sup>5</sup> El proceso contra Anne Bonny y Mary Read se inició el 28 de noviembre de 1720, y pese a que ambas se declararon inocentes de los cargos de piratería y robo, un buen número de testigos confirmó sin el menor género de duda su presencia en los abordajes que habían sufrido. Cuando el presidente Nicholas Lawes las condenó a la pena de muerte, las mujeres tomaron la palabra y confesaron su verdadera identidad. Conforme a la ley, la pena de muerte para las dos mujeres se dejó en suspenso hasta el momento en que dieran a luz a sus hijos. Mary Read murió en prisión durante el alumbramiento a consecuencia de unas misteriosas fiebres. Bonny corrió mejor suerte. Su padre, William Cormac, se trasladó a Jamaica y consiguió la extradición de su hija a Carolina del Sur, previo pago de una importante cantidad de dinero y el compromiso de tutelaje.

<sup>6</sup> Uso el término “homosocial” según el significado que le dio en su obra Eve Kosofsky Sedgwick, especialmente en *Between Men*, es decir, la relación entre hombres de la que se ha borrado todo componente “sexual”, sea por ignorancia, negación o represión.

<sup>7</sup> La novelista invierte, en efecto, las construcciones de género como una invitación a que reflexionemos sobre las relaciones ideales de igualdad. De este modo, las heroínas niegan su feminidad, si entendemos ésta como pasiva (según la concepción freudiana). Los personajes quebrantan determinada prescripción de la sexualidad femenina, según la cual la mujer ha de permanecer pasiva en las relaciones con el hombre. Los arquetipos de varón provocador y libidinoso y de la mujer como sujeto pasivo y casto, que han nutrido las construcciones de género, se contradicen en varios personajes (y no sólo mujeres) de *Lobas de mar*. Leamos el siguiente pasaje, de alto voltaje erótico: “Anne cruzó por encima del hombre, incitándolo a que se colocara entre ella y Mary. Calico Jack sólo tuvo que desmadejarse y dejarse acoplar al antojo de las mujeres, volteaba la cabeza hacia Ann y recibía un beso ardiente, mientras ella conducía la mano de Mary en un recorrido mimoso por los erotizados promontorios del cuerpo masculino; exaltados los tres en arrumacos y frotaciones [...]. Ann se apoderó de la goteante yuca dándose brochazos en el resbaladizo quimbombó, entonces cedió el puesto a su amiga, quien situada debajo simuló morosidad” (Valdés 170-171).

hegemónica como la Iglesia, el Estado y la Escuela), se sitúa, paradójicamente, el fenómeno del travestismo, de larga tradición en la historia y en la literatura universales. Un artificio ambiguo repleto de cuantiosas posibilidades narrativas que en el caso que nos ocupa permite al investigador delegar los conflictos de identificación sexual y de género en el tránsito entre las intercambiables instancias operativas que entran en juego sucesivamente y que –por mor de una imperiosa voluntad de camuflaje identitario– acaba convirtiéndose en el delgado hilo de Ariadna que comunica entre sí la rica mirada de tácticas, artilugios discursivos y modos de resistencia y representación que ejecutan las heterodoxas protagonistas de la obra.

Conforme las mujeres han ido desembarazándose progresivamente de aquellos comportamientos incompatibles con la idea que se formulan de su dignidad (resignación, discreción, docilidad, sumisión...), los falsos y tradicionales esencialismos a los que se les había asociado hasta ahora son menores, como menores también son las relaciones sociales de dominación y explotación, apoyadas en sistemas mítico-rituales ancestrales. Sin embargo, pese al reemplazo que el mundo capitalista moderno ha acabado llevando a cabo de las relaciones de clan típicas de las culturas primitivas, en las que la mujer, por ejemplo, era un objeto de intercambio entre familias en las que dominaba el padre, por otras maneras más fluidas de alianza entre los sexos, algunos atisbos residuales de ese cosificador y falocéntrico sistema de trueque permanecerán durante mucho tiempo empozados en ciertas prácticas vejatorias de las sociedades occidentales. En la novela no pasa desapercibida la reprobable escena del capítulo III en la que el contrabandista James Bonny consiente que su esposa Anne lo sustituya por el fornido capitán Calico Jack, después de que éste pagase por ella una fuerte suma de dinero. Un hecho que, más allá de la función anecdótica que dentro de la trama novelesca desempeña, evidencia que la materia sexuada “mujer” no tiene todavía más valor que el de simple moneda de cambio, es decir, objeto mercantilizado en manos de la autoridad masculina y patriarcal. Ya el dato de que la transacción mercantil se lleve a cabo a espaldas de Anne, sin que se la consulte previamente, es enormemente revelador del exiguo índice de participación de la mujer en el orden simbólico, imaginario y social en el que se la inscribe.

A diferencia de otros discursos surgidos de la cultura machista, hegemónica y autoritaria, el texto de Valdés resalta, por ende, el desafío de unos seres marginales y marginados que navegan a contracorriente, enfrentados hasta las últimas consecuencias a las sanciones impuestas por los códigos morales y sociales de la cultura euroamericana institucionalizada; además de esa intención, la novela cuestiona la “esencia” que el patriarcado ha asignado a la escurridiza y denostada naturaleza femenina, relativizando muchos de los tópicos discriminatorios generados por los esquemas ideológicos y mentales que han prevalecido en torno a ésta. De ampararnos en el discurso de pensadoras contemporáneas como Monique Wittig, Adrienne Rich, Judith Butler, Teresa de Lauretis o Beatriz Preciado, quienes han alertado sobre los peligros de seguir manteniendo la idea monolítica de que las mujeres son algo estable determinado



por la naturaleza o una identidad con una esencia propia<sup>8</sup>, resultaría fácil convenir con los argumentos de las llamadas en la actualidad teorías “constructivistas” sobre el género, ya que nos iluminan aspectos relevantes de la conducta de los personajes de la obra, sobre todo de las mujeres. Al incidir en la movilización sexual y los deslizamientos entre lindes y espacios transgenéricos, donde los actos repetitivos del sujeto abren brechas y hendiduras que representan inestabilidades constitutivas –todo aquello que escapa a la norma o la rebasa, haciendo entrar en una crisis potencialmente productiva la consolidación de las reglas promulgadas por los dispositivos de poder–, el “constructivismo”, que entiende a grandes rasgos la noción de género como una formación discursiva y el efecto de una versión determinada de las políticas de la representación, es lo que mejor sintoniza con los criterios performativos de los personajes femeninos (a los que se añaden asimismo algunos masculinos) de la obra valdesiana, ángulo desde el cual se dirime que el hecho de que el texto ponga en entredicho las identidades sexuales como esencias inmutables o trascendentales no significa que no puedan adoptarse estratégicamente identidades diversas, complementarias o incluso contradictorias, cosa que no dejan de hacer en todo momento la inglesa Mary Read y la irlandesa Anne Bonny en una secuenciación imparable de entrecruzamientos desconcertantes en los que la mezcla gradual de valores masculinos y atributos femeninos que confluye dentro de ellas a partes iguales, así como la avenencia de un espectacular vaivén entre ambas polarizaciones, ocasiona tensiones de difícil resolución. A lo largo del relato de la autora cubana, y como resultado de las ambivalentes formas de sentir y de los patrones de conducta por los que se rigen, queda de manifiesto, por ejemplo, la duplicidad de existencias que puede concentrarse en una sola persona, correlato de ese otro desdoblamiento (físico y psicológico) al que las mujeres piratas se ven forzadas para pasar desapercibidas en un medio que les es adverso. Así, cuenta el/la narrador/a heterodiegético/a acerca de Anne en el capítulo III que

Se sentía muy cansada, como exprimida, agria, y acabó por las calles, codeándose con bandoleros, bebiendo y robando a otros piratas; ninguno sospechaba que se trataba de una mujer, y mucho menos de la desposada por el fanfarrón James

---

<sup>8</sup> Witting, que se ha ocupado de la “heterosexualidad” en cuanto dispositivo heterocentrado (una pluralidad de discursos sobre las ciencias llamadas humanas que producen e instauran heteronormas en materia de sexo, de género y de filiación), ha afirmado que en realidad el sexo es una categoría producida por el propio sistema de pensamiento dominante que funda la sociedad como heterosexual. A. Rich se ha centrado asimismo en las tecnologías, discursos y prácticas que configuran diversas sexualidades y cuerpos: la institución de la heterosexualidad como algo obligatorio, la construcción patológica y homófoba del homosexual, los valores asociados a las categorías de género, la polarización binaria homo-hetero, la exclusión de sexualidades periféricas, las culturas sexuales como efecto de reapropiación política y simbólica, etc. Por su parte, T. de Lauretis suscribe que la diferencia sexual establece un suelo epistemológico fijo que impide otros análisis del género que no necesariamente tendrían que estar ligados a la cuestión del sexo. En cuanto a B. Preciado, sus reflexiones en torno al “dildo” (pene de plástico, vibrador o consolador) le permitirán realizar un proceso de desnaturalización de la sexualidad y un desvelamiento del género y del sexo como prótesis. Por último, J. Butler, partiendo de la noción de J. L. Austin de “actos performativos”, y de la elaboración que de ella hizo Jacques Derrida, ha mostrado que el género en sí mismo es una ficción cultural, un efecto performativo, sin un original ni una esencia.

Bonny; Ann, masculinizada, actuaba como uno más, vengativo y borracho. El asunto se complicó cuando, sintiéndose atraída por algunos buenos mozos, se arriesgó a amarlos con cinismo [...] Vivió una doble vida, en lugar de la de doble agente como la de su marido, tenía más que ver con su apetito de hembra, estrenada y entrenada en la perfidia, asistida por la libertad que sólo un hombre podía probar. Y se libró al libertinaje, traviesa, de noche negociaba su cuerpo con los piratas, le excitaba suponer que su marido, desde algún escondrijo, los denunciaría a la justicia. De día se emborrachaba en compañía de aquellos amantes, travestida y homologada en coraje (Valdés 60-61).

La asunción mimética de los poco ejemplares moldes androcéntricos que la costumbre asentaba como legítimos en la esfera social no le garantiza a la mujer, desde luego, la dicha absoluta, pero constituye, a falta de algo mejor, un habilísimo ardid que le posibilita el logro de muchas de las expectativas que de otro modo no hubiesen estado a su alcance. A este propósito, recordemos que, de acuerdo con la crítica feminista Luce Irigaray, que ha celebrado la multiplicidad sexual que caracteriza a la dualidad genital femenina y ha esbozado para la mujer una situación cercana a la “no identidad”, uno de los procedimientos que suelen usar las féminas con el fin de desbaratar el poder del discurso masculino es la imitación, cometido que se le ha asignado dentro de la especulación racional, por la que se ha medido la identidad propia del sujeto masculino, que se ha agenciado para sí el derecho de apoyarse en la lógica para formar conceptos y representaciones del mundo (Irigaray 73-75).

Efectivamente, la imitación significa una de las tácticas simuladoras adoptadas por Anne y Mary para sortear los obstáculos derivados del riguroso tutelaje masculino causante de las desigualdades sociales, políticas y económicas que han aquejado a las de su género. La práctica del travestismo, la instrumentalización de una alteridad “superior”, recursos mediante los cuales Mary y Anne aspiran a “ocultar”, pero también circunstancialmente a “desvelar”, a “exponer” en las ocasiones en que son descubiertas o en privado, la identidad propia (femenina) frente a la ajena (masculina), al tiempo que a reclamar el derecho a la diferencia y a desmarcarse de las anquilosadas normas sociales de su época, así como a fabricarse una nueva idiosincrasia, más híbrida, compleja, multiforme y móvil, responde a este mismo impulso de mimesis. Además, a la voluntad de transmutación fisiológica encaminada por ambas heroínas podría aplicársele parcialmente el aserto de Judith Halberstam, una investigadora de las llamadas “nuevas masculinidades” que ha sostenido que la identidad sexual “no se concibe como algo orgánico que emana de la carne, sino como un acto complejo de auto-creación en la cual es el cuerpo vestido –y no el desnudo– el que representa el deseo de uno mismo” (106; la traducción es nuestra).

En este sentido, la no coincidencia precisa entre los conceptos de “sexo” y de “género” favorece considerablemente la descripción de los deslizamientos intergenéricos que atraviesan la novela. El sexo se define por diferencias biológicas (músculos, hormonas, sistema reproductivo y estructura y química cerebral), mientras que el género es la interpretación que damos a tales diferencias biológicas, las ideas con que las asociamos en el seno de una cultura determinada. Michael S. Kimmel ha definido las dos escuelas principales que

explican las diferencias de género: el determinismo biológico y la socialización diferencial. Para la primera, base de una parte de la antropología, existe una predisposición biológica a la dominación de un grupo sobre otro. Una parte fundamental de la condición biológica de la mujer es la gestación, el alumbramiento y la lactancia, por lo que se hace más vulnerable y por eso las tareas de más riesgo se entregan al varón. De esta circunstancia natural surge un determinismo que asigna atributos de género y papeles sociales a cada uno de los sexos. Según la otra escuela, nos hacemos diferentes en el proceso de socialización. En cualquier caso, ambas aproximaciones teóricas defienden que la diferencia, ya sea biológica o social, provoca la dominación de un grupo sobre el otro, es decir, la desigualdad. Al igual que la mayoría de los estudiosos del tema, Kimmel afirma también que en realidad el poder y la desigualdad crean e inventan la diferencia, justificando y legitimando las injusticias sociales, políticas y económicas (Kimmel 2-3, 106-107)<sup>9</sup>.

Volviendo al sugerente asunto del travestismo, conviene aclarar que no es esta la primera vez que el deseo de meterse en la piel ajena para socavar el discurso del varón y experimentar algunas de sus prerrogativas tienta a la escritora cubana. Cualquier lector familiarizado con la producción literaria de Valdés reparará en que algunas de las viñetas del volumen *Les Mistères de La Habana* (2002; versión española: 2004) –en particular “El barbero embrujado”, “La Navidad de la condesa criolla” y “Paulina *La Grande* en el Teatro Shangai”<sup>10</sup>–, incluso un breve pasaje de *Café Nostalgia* (1998) que presenta a su protagonista, Marcela Roch, desempeñando el rol de boxeador varón, esbozan con fines distintos atractivos casos de enmascaramiento por medio de la indumentaria o la imagen exterior. Según Miguel Ángel Almodóvar, entre las motivaciones de tal

---

<sup>9</sup> Opinión contraria a la de cierto sector del feminismo actual es la que exponen Carmen Posadas y Sophie Courgeon, quienes se desmarcan de aquellos que afirman que el género es una construcción histórica. Para ambas autoras “Beauvoir se equivocó al afirmar que la diferencia entre hombres y mujeres no era más que un invento cultural” (20), y a favor de este argumento mencionan los recientes hallazgos científicos en el campo de la biología, de la neurología o de la antropología que “revelan lo poco acertado que resultó el postulado de la madre del feminismo y acumulan evidencias acerca de la existencia de diferencias innatas entre ambos sexos” (Posadas y Courgeon 20). Ahora bien, no se olvidan de recalcar también ambas autoras que “diferencia” y “desigualdad” no son términos equivalentes: “Ahora que nos estamos acercando cada vez más a la verdadera igualdad, no debemos tener miedo a reconocer y aceptar estas diferencias. La consecuencia de dicha igualdad no tiene por qué basarse en una negación de la diferencia. Aún más, tanto los hombres como las mujeres debemos aprender que la diferencia es un don maravilloso que, debidamente interpretado, conduce a la complementariedad y al enriquecimiento mutuo” (Posadas y Courgeon 20). Complementariedad y riqueza que no tienen que implicar, *a priori*, nociones de inferioridad o superioridad. Además, tal diferenciación entre los dos géneros no descarta la coexistencia de componentes binarios en todo ser humano, independientemente de cual sea su sexo, ya que “La frontera entre lo masculino y lo femenino no es pues un telón de acero inamovible, sino una línea confusa y movediza. La mente humana es andrógina, y tanto los hombres como las mujeres tenemos un lado femenino y otro masculino, más o menos manifiesto, más o menos dominante, dependiendo de la dosificación hormonal anterior al nacimiento” (Posadas y Courgeon 29).

<sup>10</sup> Este último texto sería reciclado más tarde y aparecería reinserto en un capítulo de la novela *La eternidad del instante* (2004), galardonada con el III Premio de Novela Ciudad de Torre Vieja.

praxis está la de servir de “instrumento destinado a ahuyentar los miedos profundos del ser humano o a sortear las imposiciones sociales que nacen de los roles sociales o sexuales” (Almodóvar 17). El nexo común que liga a todos los ejemplos de mujeres travestidas que han desfilado por la historia hunde sus raíces en variopintas y heterogéneas pulsiones internas, pero sobre todo es el intento de escamotear un designio social de género, el deseo de realizar actividades consideradas patrimonio absoluto de los hombres; en suma, la voluntad de existir como seres humanos de pleno derecho (Almodóvar 17) lo que ha influido en mayor grado en la realidad maquinadora de esta impostura<sup>11</sup>. Que a la larga consiguiesen o no sus propósitos dependerá del azar, o bien de la “industria, maña e ingenio” empleados para consumir el acto.

Huelga aclarar que donde mejor se registra la oscilante fuerza de inversiones identitarias, dentro de la novela, es en el terreno del erotismo<sup>12</sup>. A poco que cruzamos los umbrales de la ficción, caemos en la cuenta de que las inclinaciones eróticas de los personajes, salvo excepciones, se definen por su variedad y falta de prejuicios, más que por la uniformidad. En materia sexual Read y Bonny se mantienen inscritas no sólo dentro de los parámetros de la heterosexualidad normativizada, pues, dado que algún tiempo después de un primer encuentro cara a cara, surge entre ellas una atracción irresistible, incursionan por igual en los territorios del lesbianismo. A tal desenlace se accede, por otra parte, por extraños vericuetos. La atracción inicial que experimentan ambas piratas la una por la otra despunta cuando, todavía disfrazadas de varones, cada una de ellas desconoce la condición de mujer de su compañero/a de correrías; sin embargo, el descubrimiento posterior y recíproco de sus verdaderos sexos no hará más que azuzar la incipiente llama de la pasión que flameaba ya desde antes en sus ardientes corazones. Posiblemente las relaciones de signo homosexual, lo mismo que la interiorización de esa “segunda naturaleza” atribuible al varonil atuendo de

---

<sup>11</sup> No fue ésta la única razón que impulsó a centenares de mujeres a disfrazarse y a luchar como soldados. Como ha explicado Almodóvar, “En ocasiones, y siguiendo un modelo sólidamente establecido en el teatro barroco español, las mujeres se disfrazaban para seguir a maridos o amantes movilizadas; en otras, lo hicieron inflamadas de patriotismo y amor a la causa que supuestamente defendía cada uno de los bandos en litigio; algunas justificarían su peripecia, como muchos hombres, con el mero deseo de vivir una apasionante aventura; y, por último, un buen puñado de ellas se alistaron para disponer de clientela fija en su oficio de prostitutas” (Almodóvar 113).

<sup>12</sup> A ningún lector mínimamente atento se le escapa el desbordante erotismo de casi todas la obras literarias de Valdés. Este erotismo la mayoría de las veces es explícito, se muestra desinhibido, con desparpajo; en otras ocasiones es más sugerente: “Creo que el sexo influencia todo, no sólo en la cama, también en la calle, la política [...] Pero a mí me interesa el sexo en literatura de forma poética, irónica y cómica. Muchas mujeres a la hora del sexo se ven obligadas a ironizar en silencio, o a divertirse a carcajadas. Creo que los hombres todavía no han aprendido a satisfacer plenamente a las mujeres. Nosotras no perseguimos solamente el orgasmo, hay siempre un más allá que se queda colgando en la imaginación”, ha expresado la escritora (Bertollini-Ciano). El erotismo de los poemas, novelas y cuentos valdesianos proviene tanto de su condición insular como de la cultura mestiza de la que procede: “Ser un isleño te agudiza los cinco sentidos; y crea un sexto, el de la sensualidad. No es sólo ser de isla, si no [sic] tener una cultura del mestizaje. El mestizaje no se acaba nunca. Pero también tiene su lado oscuro, el aislamiento, la falta de fronteras...” (Bertollini-Ciano). Sobre el erotismo en la poesía de la escritura cubana, véase el ensayo de Castillo de Berchenko.

pirata que eligen llevar, encarna también uno de los procedimientos básicos de que disponen para descentrar los sistemas ideológicos que instauran una heterosexualidad forzosa, que se presenta a sí misma como “normal” (Sáez 141), al margen de que se configure, en otro plano, como un mecanismo de resistencia política, si bien en *Lobas de mar* no se ve tan claramente este último significado. El trasfondo politizador de dicha pirueta sí se aprecia, en cambio, en otra novela anterior de la misma autora, *Te di la vida entera* (1996), donde se narra el castigo que sufrieron en la Cuba de Castro los cuerpos escandalosos de la Mechu y la Puchu por sus inclinaciones sexuales. ¿Y qué decir de *Querido primer novio* (1999), historia de la recuperación, muchos años después, del intenso amor de juventud vivido entre dos mujeres de orígenes distintos? Con una acción que transcurre también durante el período posrevolucionario, la novela lanza un doble ataque contra dos pilares fundamentales de la ideología en vigor: contra el machismo abusivo de la sociedad cubana, por un lado; contra la conservadora y puritana moral revolucionaria, por otro. En el codificado submundo de la piratería, donde en un principio la mujer no tiene cabida (habida cuenta del rechazo explícito que inspiraba su presencia en los barcos), cuesta registrar el dominio de las prácticas lésbicas, que quedan relegadas así a los aledaños del discurso legitimado, a la categoría de lo no enunciable, de lo tabú; juzgadas como aberrantes por la mayor parte de la sociedad bienpensante de Inglaterra y de los países hispanos, baste saber que desde inicios del siglo XVI y durante las tres centurias siguientes la legislación española y europea, a través de una serie de códigos y normas restrictivas, decidió emprender una dura cruzada contra los actos lésbicos y, en general, homosexuales<sup>13</sup>.

No obstante, y al menos a efectos narrativos, el apasionado triángulo amoroso, no documentado históricamente, que se afianza entre Mary, Anne y Calico Jack (el capitán de uno de los buques piratas), si bien se mantiene en el más estricto secreto, legítima, dentro del ámbito privado e íntimo, cierta tolerancia

---

<sup>13</sup> Muy ilustrativa es la siguiente información que tomamos también de Almodóvar: “Durante el Renacimiento casi todos los juristas sostienen que las prácticas sexuales entre mujeres deben ser castigadas, aunque difieren respecto a si la represión debe dirigirse contra una forma de amor antinatural en general o hacia el acto concreto. Para los que defienden la primera idea, el delito fundamental es que la mujer se comporte como un hombre, transgrediendo severamente el sistema dominante de género. La figura delictiva que se aplica es la del ‘virago’, mujer masculinizada o ‘marimacho’ que actúa contra natura. Los que defienden el segundo postulado consideran que sólo existe delito cuando se procede a una penetración vaginal mediante un pene artificial” (204-205). Menciona el periodista español como ejemplo de esta actitud al jurista italiano Prospero Farinacci, que estableció “una casuística muy acorde con la práctica de los tribunales eclesiásticos. Este jurista opina que si una mujer se limita a insinuarse a otra es suficiente con la denuncia pública de su comportamiento, pero si se ‘comportara de manera corrupta con otra mujer sólo frotándose’ deberá ser sometida a un castigo ejemplarizante, por lo común la flagelación. Finalmente, establece que ‘si introduce cualquier instrumento de madera o vidrio en el vientre de la otra será condenada a muerte’. // La severidad de los textos legales renacentistas contra el lesbianismo”, concluye Almodóvar, “fue reduciéndose en siglos posteriores, pero quedó en pie la vigencia de un delito que, en lo fundamental, constituía una transgresión de las normas de conducta asignadas a su género y una intromisión en el mundo del varón a través de actividades que le eran propias” (205). En definitiva, tanto la mujer del siglo XVI como la de los tres siglos que le siguieron, no podían asumir un papel masculino que pusiera en peligro un orden jerárquico que se consideraba establecido por Dios.

y apertura a la hora de encarar sin prejuicios otros tipos de relaciones sexuales menos convencionales, alejadas del heterocentrismo puro<sup>14</sup>.

Esa amplitud de gustos eróticos (el heterosexual y el “amor que no osa decir su nombre” alternan y coexisten en un mismo individuo), esa fluctuación de géneros (de los roles femeninos se pasa a los masculinos o ambas modalidades se alían en perfecta simbiosis) que las protagonistas de la obra de la escritora cubana ostentan, no serían tan relevantes si no se extendiesen y contaminasen a algunos sujetos varones, los cuales asisten con un asombro aún mayor que el de las mujeres y bastante recelo por su parte a la quiebra de sus enquistadas convicciones morales a medida que se abren a nuevas experiencias, como es el posible amor que aflora entre dos personas del mismo sexo. Ya desde el temprano momento en que Anne Boony aparece de improviso ante su marido con el atuendo de filibustero irrumpen los equívocos, pues al primer desconcierto de James, porque no la identifica a primera vista (cree que es un hombre), le sucede la irresistible atracción que le inspira su esposa. Es más, a éste no le avergüenza reconocer lo seductora que halla a su compañera sentimental y de viaje enfundada en traje de varón, mucho más incluso que cuando lleva puestas ropas de mujer. No muy diferente, aunque con resultados más dramáticos que el caso de James Bonny, es el de Roc Morris. La mezcla de fuerza y vulnerabilidad que destila el cadete Billy Em Carlton, nombre de batalla tras el que se esconde Mary Read, causa estragos en el corazón del hasta entonces heterosexual comandante del barco, que en esta ocasión ignora que la persona que tiene bajo su mando no es biológicamente un hombre. Tan profunda es la impronta que deja en él este inesperado y tardío sentimiento, junto al remordimiento que la concienciación del mismo le produce, que más tarde, al reencontrarnos de nuevo con él, lo veremos ordenado sacerdote. Por lo que se puede colegir, el reconocimiento de la incuestionable pasión suscitada por Billy Carlton, en lugar de llevarle a indagar en esa faceta inédita de su sexualidad, lo transporta hasta un estado de castración simbólica. Roc Morris se perfila como una ingenua víctima de las sensaciones y pensamientos desestabilizadores que bullen en su interior, de la intolerancia de la moralista sociedad británica del siglo XVIII y, en último término, es el primer verdugo de sí mismo, agente de lo que Eve K. Sedgwick ha dado en llamar “pánico homosexual” (*Epistemología* 31-34). Como contexto fuertemente regulado (y hasta hoy día homófobo), la institución eclesiástica le brinda al soldado-sacerdote un escudo protector que lo aísla de los peligros de la carne, permitiéndole sublimar sus ocultos deseos eróticos. Y no es necesario ahondar en demasía en las prohibiciones existentes en esa época, tan poco tolerante con la “diferencia”, para imaginar que lo que hoy popularmente se conoce como “salir del armario” resultaba imposible, o muy arriesgado. Y esto es válido no sólo en el entorno de las relaciones gestadas en tierra firme, sino también en el contexto relativamente más anárquico de la marinería, donde incurrir en prácticas sodomíticas constituía un grave delito que se situaba al mismo nivel que el amotinamiento, la deserción ante el enemigo o la fuga con el barco. De hecho,

---

<sup>14</sup> Paul F. Lazarsfeld y Robert K. Merton (144) se hacen eco de la idea de que muchas normas sociales se transgreden en privado sin grandes problemas, pero que al hacerse públicas se despierta una compulsión que lleva a condenarlas y a castigar severamente a los infractores.

varias fueron las leyes que se decretaron para reprimir la homosexualidad en alta mar. Entre ellas destaca el artículo veintinueve del Código Militar, que señalaba que los delitos “antinaturales” habían de castigarse con la pena de muerte, si bien, como suele suceder casi siempre, las probabilidades de salir impunes de esas aventuras homosexuales eran mayores o menores según fuera el estatus del practicante<sup>15</sup>.

La actitud desinhibida de otro personaje, el holandés Flemind Van der Helst –que, por cierto, no ocupaba en su goleta más cargo que el de simple recluta–, produce admiración al calor de estos datos, ya que, obviando las severas legislaciones homofóbicas promulgadas, se atreve a hacerle insinuaciones eróticas al marinero Billy Carlton, cuya belleza le recuerda a la de una antigua amante de su país natal. Así, tras elogiar el rostro del falso muchacho, le propone una relación sexual en la que los roles pasivo/activo se intercambien: “—Si tú quieres, podrías ser una vez mujer, y después me tocaría a mí, nos turnaríamos...”, le sugiere Van der Helst a Billy (Valdés 90-91). En el mismo extremo, otro individuo, el soldado Matt Sinclair, cuando conoce a Mary Read manifiesta una sinceridad a prueba de bomba al informarle de sus congénitas inclinaciones por personas de su mismo sexo, pero también al transmitirle el nada despreciable amor que le profesa a ella. En consecuencia, ambos camaradas terminan contrayendo matrimonio, aunque por desgracia, tras la captura del barco de Calico Jack a manos de otra nave bien equipada enviada por el gobernador de Jamaica, esta unión se verá pronto interrumpida. Dentro de la curiosa alianza heterosexual entre Read y Sinclair, lo que más erotiza al segundo –todo hay que decirlo– es precisamente ese lado masculino, esa androginia que su singular esposa, a través de sus actos y palabras, llevaba años demandando para sí.

La laxitud sexual de los entes ficcionales en *Lobas de mar*, en paralelismo con la escasamente unívoca forma de atisbar el mundo de los deseos más íntimos, coincide con las preocupaciones de la escritora, la cual ha afirmado que literariamente hablando, más que en el travestismo, le interesa indagar en la ambigüedad sexual:

En la vida aprecio el lado oculto de las personas tanto como su lado real, y ese lado oculto casi siempre coincide con el lado contrario de su sexualidad. Me gustan las personas con fantasmas y misterio [...] la belleza del sexo, de su ambigüedad, es pura vida y pura literatura, puro arte (Mateo del Pino y Gutiérrez 56).

El libro, entendido así, escenifica un relato donde las categorizaciones de roles y géneros son meras marcas que retuercen la pertenencia a un marco de identidad. En el discurso novelesco los personajes toman la posición de femeninas o masculinas (se “maquillan” de tales) según las ubicaciones siempre cambiantes que ocupan en relación al centro del poder discursivo. Un centro variable que se va desplazando para el lector atrincherado entre posiciones intermedias

---

<sup>15</sup> “A diferencia de estos últimos, que vivían y dormían unos al lado de los otros y carecían de la más mínima intimidad, los oficiales contaban con la ventaja de disponer de pequeñas cabinas, y algunos casos en los que se acusó a un oficial de homosexualidad nunca llegaron a juicio”, informa Cordingly (223).

(suspensivas, oscilantes, problemáticas) respecto a la geografía de la literatura y de la modalidad literaria utilizada: el centro es –para la biografía novelada realizada por Valdés– la institución literaria, pero es también –para la obra misma– el género contrainstitucional del folletín, del relato de aventuras o histórico cuando éste ha sido reinstituído predominantemente por el latinoamericanismo hegemónico de cierta crítica especializada; el centro es el relato patriarcal, pero es también el programa “feminista” de su subversión cuando dicho programa ha sido ya oficializado en la academia por todo un arsenal de operaciones teóricas prediseñadas.

El cruce entre lindes transnacionales, la invasión de espacios fronterizos confieren a Mary Read y Anne Bonny un desvaído y lábil sentido de la ciudadanía. Como relato centrado en la evolución de dos almas humanas marginales “transgredidas por el *élan* vital y natural de la historia” (Valdés 237), la novela desnarra, deshilvana la trama de la discursividad de las palabras del poder y del poder de la palabra hegemónica, abriendo puntos de fuga en su interior por donde se desbanda un signifiante rebelde a las gramáticas del pensamiento cultural dominado, ya sea por una autoridad política y un sistema legislativo que demonizaba el ejercicio de la piratería –que comenzaba a declinar ya en ese siglo–, ya sea por un régimen de economía colonial que se protegía del asedio de naciones enemigas que buscaban resquebrajar sus cimientos, ya sea por un orden falocéntrico cuyos valores son puestos en tela de juicio permanentemente; y también –o sobre todo– porque la desestabilización de normativas instituidas se opera en la clave de un travestismo femenino-literario que nos habla de las torsiones y contorsiones de una palabra epocal llena de arabescos, capaz de actuar con suspicacia –desde la estética– sobre racionalidades demasiado sistematizantes; entre ellas, las procedentes de las ciencias sociales, políticas y sexuales, que han mantenido su posición de querer resguardar a cualquier precio la tradición del pensamiento cultural en torno a la mujer, oscuro y fascinante objeto del deseo varonil y, a la vez, contradictoriamente, víctima secular de su desprecio.

### Obras citadas

Almodóvar, Miguel Ángel. *Armas de varón. Mujeres que se hicieron pasar por hombres*. Madrid: OBERON, 2004.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Bertollini-Ciano, Claudia. “Entrevista exclusiva con Zoé Valdés”. *Lavox.com* 10 Febr. 2001. 7 Dic. 2004 <<http://www.lavox.com/arte/10-02-2001.php>>.

Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. 3ª ed. Barcelona: Editorial Anagrama, 2003.

Butler, Judith. *El género en disputa*. México, D. F.: Paidós, 2001.



- Castillo de Berchenko, Adriana. "La retórica del discurso amoroso en la poesía de Zoé Valdés". *Coloquio Internacional Escritura y sexualidad en la literatura hispanoamericana*. Madrid: Editorial Fundamentos, 1990. 105-116.
- Cordingly, David. *Mujeres en el mar. Capitanas, corsarias, esposas y rameras*. Barcelona: Edhasa, 2003.
- De Lauretis, Teresa. *Diferencias*. Madrid: Horas y Horas, 2000.
- Fernández Bravo, Álvaro, comp. *La invención de la nación. Lecturas de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 2000.
- Gerassi-Navarro, Nina. "Huellas en el agua: historia de piratas". *Crisis, Apocalipsis y utopías. Fines de siglo en la literatura latinoamericana. XXXII Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana*. Ed. Rodrigo Canovas y Roberto Hozven. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, 2000. 258-275.
- Halberstam, Judith. *Female Masculinity*. Durham: Duke University Press, 1998.
- Irigaray, Luce. *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Editorial Saltés, 1982.
- Kimmel, Michael S. *The Gendered Society*. New York/Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Lamarca Lapuente, Chusa. "Ella para él, él para el Estado y los tres para el Mercado: Globalización y Género". 1 Mar. 2005 <<http://usuarios.lycos.es/politicaset/articulos/genegobla1.htm>>.
- Lazarsfeld, Paul Felix. y Merton, Robert King. "Comunicación de masas, gustos populares y acción social organizada". *Sociología de la comunicación de masas*. Ed. Miquel de Moragas. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, 1979. 137-157.
- Lucena Salmoral, Manuel. *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América. Perros, mendigos y otros malditos del mar*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992.
- Martínez i Castells, Àngels. "Algunos comentarios sobre globalización y género". *Mujer.com* 1 Mar. 2005 <<http://www.mujeractual.com/sociedad/mujer/globalización.html>> y <<http://www.mujeractual.com/sociedad/mujer/globalización2.html>>.
- Mateo del Pino, Ángeles, y José Ismael Gutiérrez. "Entrevista a Zoé Valdés." *Hispanamérica* 98 (2004): 49-60.

Posadas, Carmen, y Sophie Courgeon. *A la sombra de Lilith. En busca de la igualdad perdida*. Barcelona: Editorial Planeta, 2004.

Preciado, Beatriz. *Manifiesto contra-sexual*. Madrid: Ópera Prima, 2001.

Rich, Adrienne. *Sangre, pan y poesía*. Barcelona: Icaria, 2001.

Richard, Nelly. "Bordes, diseminación, posmodernismo, una metáfora latinoamericana de fin de siglo". *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Comp. Josefina Ludmer. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1994. 240-248.

Sáez, Javier. *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.

Sedgwick, Eve Kosofsky. *Between Men. English Literature and Male Homosocial Desire*. New York: Columbia University Press, 1985.

\_\_\_\_\_. *Epistemología del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad, 1998.

Todaro, Rosalba. "Aspectos de género de la globalización y la pobreza". 1 Mar. 2005 <<http://www.un.org/womenwatch/daw/csw/todaro.htm>>.

Unzueta, Fernando. "Género y sujetos nacionales: en torno a las novelas históricas de Lindaura Anzoátegui". *Revista Iberoamericana* 63.178-179 (1997): 219-229.

Valdés, Zoé. *Lobas de mar*. Barcelona: Editorial Planeta, 2003.

Villota, Paloma de, ed. *Globalización y género*. Madrid: Editorial Síntesis, 1999.

Witting, Monique. *The Straight Mind and Other Essays*. Boston: Beacon Press, 1992.



**José Ismael Gutiérrez** es Doctor en Filología por la Universidad de La Laguna (España). Actualmente trabaja como profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Entre sus publicaciones destacan: *Manuel Gutiérrez Nájera y sus cuentos. De la crónica periodística al relato de ficción* (1999) y *Cartografías literarias del exilio (Tres poéticas hispanoamericanas)* (2005). Asimismo, es co-autor del volumen *Literatura y pensamiento. Canarias en el siglo XX* (2004) y co-editor de *La estirpe de Telémaco. Estudios sobre la literatura y el viaje* (2004).